

grupo porque soy incapaz de vivir solo, sino porque quiero compartir con otros lo que tengo, y tener el honor de participar en lo que otros tienen. Si vivo hombre con otros muchos es porque sé que ellos siempre están dispuestos a dejarme marchar cuando sea necesario. Siempre que vea que algo no funciona en el grupo en el que vivo lo haré porque no he entrado en ese grupo para permanecer en él sino para ser parte de él.

Como sea, es el destino a la gente que me rodea, gente hecha de carne y sangre, de lágrimas y de voces, con el fin de imponer mis ideas. Probablemente trataré, me enfadaré, perderé la paciencia, mostraré de cuando en cuando los prejuicios que, también yo tengo. Pero el usar de la fuerza, la presión, con el fin de imponer mis ideas, es algo que jamás haré.

Introducción

Las líneas que siguen han nacido del esfuerzo por contestar a todos los que me escribieron preguntándome por alguna de las ideas fundamentales del MANIFIESTO DE LA NUEVA HUMANIDAD. Al principio me contenté con contestar individualmente a mis lectores pero actualmente también esto me resulta imposible. Por otra parte creo que también debería decir algo a todos aquellos que, sin decidirse a escribirme, me han leído. También el silencio puede ser palabra.

I. SENCILLAMENTE HUMANO

En el momento que escribo estas líneas dos facciones opuestas de estudiantes se están enfrentando en los terrenos de la Universidad de Tokyo dispuestas a derramar sangre con tal de defender sus ideas. No hace mucho tiempo un grupo de estudiantes apaleó a un profesor que había osado echar por tierra uno de sus carteles. En Paris los representantes de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur se esfuerzan por sacar cada una mejor parte en las negociaciones mientras sus compatriotas muerden cada día en los campos de batalla. Hace ya más de un año estudiantes y policías lucharon a brazo partido en las calles de Chicago. Y Roberto Kennedy y Martín Lutero King fueron asesinados por individuos a los que no les gustaban sus ideas. Todo esto me llena de pesar porque no acabo de comprender cómo es posible que se llegue a dar más importancia a las ideas que a las personas. Tal vez como digo que soy un romántico, un idealista, o un soñador. Un romántico, porque todavía creo que los hombres se pueden entender mutuamente sin tener que hacer uso de la fuerza. Un idealista, porque todavía creo en una clase de revolución que no es violenta. Un soñador y un débil, porque no puedo contener las lágrimas ante un hombre muerto. Es posible que sea todo esto y mucho más, pero no voy a pedir perdón por ello. Estoy dispuesto a admitir todas las críticas que se me dirijan, pero antes quisiera exponer lo que me llevó a escribir el MANIFIESTO DE LA HUMANIDAD.

Las páginas del MANIFIESTO no permitían ser el mensaje de un grupo a otro grupo. Aunque tal vez haya muchos que estén de acuerdo con él, y otros muchos que no puedan aceptarlo, el MANIFIESTO no pretendía ser la voz de un grupo. Fue escrito por una persona y dirigido a otras muchas personas. Porque mi convicción es la de que todos nosotros vivimos en una sociedad cuyas razones de ser están en sus miembros. Yo no entro a formar parte de la sociedad para convertirme en un esclavo sino para

poner mi libertad al servicio de los demás. Ni tampoco pertenezco a un grupo porque soy incapaz de vivir solo, sino porque quiero compartir con otros lo que tengo, y tener el honor de participar en lo que otros tienen. Si vivo hombre con hombre con otros muchos es porque sé que ellos siempre están dispuestos a dejarme marchar cuando sea necesario. Siempre que vea que algo no funciona en el grupo en el que vivo lo diré, porque no he entrado en ese grupo para sentirme avergonzado de él sino para sentirme orgulloso. Pero lo que nunca haré, lo que trataré de evitar como sea, es el destruir a la gente que me rodea, gente hecha de carne y sangre, de lágrimas y de gozos, con el fin de imponer mis *ideas*. Probablemente gritaré, me enfadaré, perderé la paciencia, mostraré de cuando en cuando, los prejuicios que, también yo, tengo. Pero el usar de la fuerza, la presión, con el fin de imponer mis ideas, es algo que trataré de evitar con toda mi alma. Porque las ideas no son sino los ladrillos que empleamos para construir una sociedad en la que el hombre pueda llegar a ser verdaderamente libre, y si matamos al hombre, ¿para quién será el edificio?

No quisiera que alguien pensara que le estoy atacando. No estoy atacando a nadie sino a mí mismo, a lo que hay en mí de inhumano. Sería estúpido el querer decir que "yo no soy como los demás hombres". He herido a mucha gente con mis palabras y con mis hechos, y pido perdón por ello. Lo único que puedo decir es que poco a poco he llegado a darme cuenta de que un hombre vivo vale mil veces más que mis mejores ideas. Y es así como he llegado a la conclusión de qui si no llego a ser *sencillamente humano*, corro el peligro de ser inhumano.

¿Qué quiere decir eso de ser *sencillamente humano*?

Quiere decir el respetar a los miembros de un grupo como algo más y algo diferente que el grupo. Y con la palabra grupo me refiero no sólo a un grupo político, estudiantil, deportivo, sino también a las Universidades y a las naciones. Estoy harto de ser *un* estudiante, *un* español, *un* cristiano... Yo soy yo y nadie va a entenderme mejor a base de estudiar mi extracción social.

Estoy harto de mirar a los profesores simplemente como profesores, harto de olvidarme de que también ellos son seres humanos, y de que a pesar de su aire calculado y profesional también ellos se preocupan porque su mujer está enferma, y también ellos —a su modo— están tratando de construir una sociedad mejor para sus hijos.

Estoy harto de hablar de "extranjeros" y "españoles", "americanos" y "nativos", en vez de hablar de Jim Morton, Paul Munshi, Schiko Nishimura, y Pedro Fernández. Me he aprendido tan bien las diferencias entre los americanos y los españoles que ya no soy capaz de percibir las diferencias de los americanos que describen en las novelas o los libros de sociología y los americanos que puedo encontrar en un café o en la Universidad.

Estoy harto de hablar de Comunistas y Protestantes en vez de hablar de Enrique Rodríguez y José Pérez Más. Estoy harto de hacer generalizaciones y de olvidarme de respetar a las personas que componen los grupos.

Estoy harto de "slogans" tales como "Imperialismo Americano", "Comunismo Ruso", "Amenaza China", etc.

Estoy harto de llamar a la gente que busca cambiar la sociedad "soñadores", y a los adultos que no están de acuerdo conmigo "conservadores".

Si, estoy harto de demasiadas cosas, pero no estoy harto de tratar de ser sencillamente humano, de vivir en un mundo en el que no todos piensan como yo, de compartir mis ideas sin miedo, y de oír las ideas de los demás sin desprecio.

Y por eso he ofrecido las páginas del MANIFIESTO a todos aquellos que están hartos como yo. Al escribirlas me sentí terriblemente solo porque no había a mi lado ningún grupo en el que pudiese declinar la responsabilidad de ser sencillamente humano. Y sin embargo, ahora, no me siento ni asustado ni desilusionado. Sé que muchas de los que leen estas páginas no podrán estar de acuerdo conmigo, pero espero que me ayuden a estar de acuerdo con ellos. Mi único objeto, al escribirlas, es tratar de presentar lo que tal vez pueda ayudarnos a escapar de las generalidades, los "clichés" y el fanatismo sin sentido. En ellas hablo no de personas sino de actitudes, actitudes que de un modo y otro se hallan presente en todos nosotros y, especialmente, en mí. Son actitudes, tendencias, que *me* impiden ser verdaderamente humano. Las describo una vez al menos, quiero mirar cara a cara todo eso que me está impidiendo el ser *sencillamente humano*.

II. LA SEPARACION, PECADO ORIGINAL

El concepto de pecado original es probablemente uno de los más difíciles de comprender para el hombre moderno. Y sin embargo es algo que experimentamos cada día. El nacimiento es un símbolo, el símbolo de la primera separación. Nacer es separarse del seno materno. Y tras la separación del nacimiento vienen todas las otras separaciones. Separación de los sexos, de las nacionalidades, de las clases sociales. La madre dice al crío mientras le besa: "Cariño *mío*" y con ese "mío" traza la barrera que separa a *su* niño de todos los demás niños. Y después ese niño aprenderá que hay naciones buenas y malas, que los alemanes son rígidos pero en el fondo buenos y otros malos. Y hay cosas que los niños no pueden hacer porque es de niñas, ni las niñas pueden hacer porque es de niños. Lo cual es muy natural y muy lógico, si no fuera porque se pone tanto el acento en la diferencia que uno llega a olvidarse de la unidad básica. Porque el decir que todos somos diferentes es algo que se basa en un hecho. Pero el olvidarse de que todos somos hombres, con la misma sangre, las mismas lágrimas, las mismas sonrisas, y sobre todo, el mismo anhelo inextinguible de unidad es un asesinato en el sentido de la palabra. Por crear individuos asesinamos a la persona humana. El resultado es que el niño aprende a ser hombre a base de ser distinto de los demás, y a base de despreciar a todos los que no son como él. Cuando los domingos va a Misa se cruza con otros niños que no van a Misa como él, o que no van a su Iglesia, o que no van a la Iglesia católica. Su mamá se apresura a decirle que "Los pobrecitos no son cristianos" y el niño aprende a crecer en los campos de concentración de las ideas y los grupos, esos campos de concentración que sólo en las guerras aparecen en toda su espantosa realidad. Raro es el hombre que no vibra al ver una foto de la muralla de Berlín. Pero todos vivimos cada día entre las alambradas de las ideologías y los prejuicios. Sólo que los campos de concentración de las almas no son fáciles de ver. Y eso es el pecado original: las alambradas entre hombre y hombre que cada día levantamos

inconscientemente con nuestras palabras, nuestras miradas y nuestros
gestos.

III. LA CONVERSION

Probablemente la frase más revolucionaria de todo el Evangelio se encuentra en Mt 23, 17: "Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca". Es la frase que yo quisiera que Jesucristo no hubiera dicho nunca. Vámonos, no seáis así. Poned vuestro corazón patas arriba. Dad una vuelta de 180 grados. Dejad de buscar vuestra originalidad lejos de los hombres y decididros de una vez a compartir". Eso es lo que Jesucristo dice en esta frase. Y la frase pone todas sus ideas en tela de juicio. El Reino de los Cielos, el Reino de los hombres que se aman, no está en las nubes ni en el paraíso terrenal del pasado o del futuro. Está ahí, entre esos hombres que yo creo que son distintos de mí. Está entre las prostitutas, los penadores, los comunistas que pretenden cambiar la sociedad que tanto me gusta, los ocultos que no predicaban sermones soporíferos, los jóvenes que pretenden echar a los rectores por la ventana y los rectores que si no fuera porque ellos ya son "personas mayores" tirarían con mucho gusto a más de un estudiante por la ventana. No está ni en las derechas ni en las izquierdas, sino entre ambas. Está en el esfuerzo mismo por la comprensión y en el respeto personal.

Pero lo peor de este "Convertíos" es que me toca a mí. Yo que estoy escribiendo estas páginas con el deseo de compartir algo que vivo de muy cerca soy el primero que necesito convertirme. No tú que me lees, sino yo que escribo. Porque estoy tan acostumbrado a la separación, a "no ser como los demás hombres" que mientras escribo sobre la unión puedo estar hiriéndote a tí en lo más hondo, en lo más tuyo, en lo que te alienta y te hace vivir. Y por eso tengo que decir que si te he herido no hagas caso de lo que escribo. Si te he herido, o crees que te he despreciado, perdóname. Sólo así podemos empezar a pensar en un mundo mejor. Sólo cuando por primera vez nos acercamos por la comprensión mutua y el perdón podemos empezar a compartir algo. Y eso es la unidad, el compartir las diferencias. Te doy lo que soy y recibo lo que todavía no soy. Entonces ya no es necesario renunciar a las diferencias. No tenemos que convertirnos en sombras prefabricadas. Lo único necesario es compartir.

Convertirse es darse cuenta de que "a pesar de todo" tal vez no somos perfectos. Es tratar de enriquecerse no huyendo o separándose de los demás sino acercándose a ellos. Es caer en la cuenta de que tal vez estemos equivocados. Es preguntar humildemente al prójimo si no puede él también ayudarnos a construir un mundo mejor. Convertirse es ponerse en tela de juicio. No tirar al Rector por la ventana sino decidirse, por fin, a abrir la puerta, bajar la escalera, sentarse a la mesa con los que no están de acuerdo conmigo y decir:

¿Qué podemos hacer todos juntos?